Homilía del cardenal Marcello Semeraro en la Misa de beatificación de 80 mártires del siglo XX de la Diócesis de Santander

Recojámonos, queridos hermanos y hermanas, en la meditación del pasaje del Evangelio que acaba de leerse. Es el Señor mismo quien nos ha hablado y nosotros debemos ser la tierra en la que esta semilla germina, florece y da fruto.

El pasaje en el que deseo detenerme junto a vosotros es aquel en el que Jesús exclama: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23,34). Desde la cruz, en el momento de su extremo sufrimiento y mientras todos a su alrededor se burlan de él, Jesús no pronuncia palabras de condena, sino una oración de perdón. La violencia que sufre no apaga su amor; la injusticia de la que es víctima no le lleva al odio. Jesús permanece fiel al Padre y sigue amando incluso a quienes le hacen sufrir. El misterio de la cruz es éste: la fidelidad de un amor que ni siquiera la muerte logra romper.

San Ambrosio nos ayuda a contemplar este amor que se entrega a través de la imagen de una planta que, cuando se le hace un corte, deja salir su fragancia. Escribe así: «Hay una madera que, cuando se le hace un corte, emana un intenso perfume y deja que de ella brote como una lágrima. Así también Cristo, crucificado en el madero de la cruz, derramaba lágrimas por el pueblo, para que lavara nuestros pecados; y de las entrañas de su misericordia hacía brotar un ungüento, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Así como el bálsamo brota del árbol, así del cuerpo del Señor manaba el perfume de la santificación» (cf. *Comm. in Cant. Cant.* 1, 34: PL 15, 1869).

Son palabras que nos revelan la paradoja de la cruz: precisamente cuando el odio parece haber alcanzado su triunfo, Jesús manifiesta que el mal no tiene el poder de extinguir la misericordia de Dios, porque su amor es más fuerte. Es aquí donde la palabra del Evangelio se encuentra con el testimonio de los mártires: de todos los mártires y, hoy, de los ochenta hermanos que la Iglesia ha declarado beatos. Dirigimos nuestra mirada hacia ellos. Son muchos, pero cada uno de ellos tiene un rostro, una historia,

una vocación. Se les ha recordado al comienzo de esta celebración y en vuestras comunidades se les conoce personalmente.

Durante la audiencia general del pasado miércoles, el Papa recordó que «estos nuevos Beatos hacen visible una nueva pieza de la "multitud inmensa" de los amigos del Señor». ¡Es especialmente hermosa, ante todo, la palabra amigos! Ella nos dice que, estos hermanos nuestros, tocados por el amor de Cristo, se han hecho capaces de permanecerle fieles incluso en la hora de la prueba. En la tradición de la Iglesia, de hecho, el mártir es aquel que sufre la muerte a causa de su fidelidad a Cristo. Pero hay algo más. A la luz del Evangelio que hemos escuchado, el testimonio del mártir debe entenderse precisamente a partir del de Cristo, que en la cruz oró por sus perseguidores. Su historia nos muestra cómo la palabra del Crucificado puede hacerse carne en la vida de sus discípulos. Desde luego, no se trata de una fuerza que el cristiano posea por sí mismo, pues, como hemos escuchado en las palabras dirigidas al vidente del Apocalipsis, los mártires «son los que han lavado sus vestiduras, haciéndolas blancas en la sangre del Cordero» (*Ap* 7,14).

La referencia del Papa a la «multitud inmensa» me sugiere otra reflexión. La santidad no es un fenómeno circunscrito a una época, a un lugar o a una condición de vida concreta: es una realidad que atraviesa la historia y que, en la historia, sigue manifestándose. Estos últimos días he estado en Ibiza para presidir otro rito de beatificación y volveré a España para celebrar otro más en Madrid. Cada vez es como añadir una pieza a un mosaico que aún no está terminado, porque la multitud de amigos del Señor sigue creciendo y haciéndose visible a través de hombres y mujeres que, en circunstancias diversas, han acogido su llamada.

Es significativo, además, que entre los nuevos Beatos a los que hoy honramos aquí, en Santander, haya sacerdotes, seminaristas y laicos. Su diferente condición eclesial nos recuerda que la santidad no es privilegio de unos pocos, ni está ligada a una forma particular de consagración: es la vocación común de todos los bautizados. La persecución los alcanzó en

situaciones diferentes, pero todos encontraron en la pertenencia a Cristo la razón última de su fidelidad.

Una beatificación, por tanto, no se limita a recordar una página dolorosa de la historia de la Iglesia. Nos permite reconocer, en el seno de esa misma historia, la presencia activa de la gracia; nos devuelve el recuerdo de un testimonio y, al mismo tiempo, nos lo confía como responsabilidad. Los nuevos Beatos no pertenecen solo al pasado: entran en la vida de la Iglesia como amigos del Señor y como testigos que siguen indicándonos el camino de la fidelidad.

Quisiera concluir volviendo a la imagen del Apocalipsis: la «multitud inmensa» (7,9) no es solo una multitud que hay que contemplar, sino una multitud a la que estamos llamados a pertenecer. Los nuevos Beatos nos recuerdan que la santidad no es solo una meta que admirar en los demás, sino una vocación que hay que acoger personalmente. Su testimonio, por tanto, no nos deja simplemente como espectadores de su grandeza: nos interpela y nos invita a vivir, en las circunstancias de nuestra existencia, la misma fidelidad a Cristo.